

SOLDADO DEL VIOLIN

ERA la noche,
la perdonadora,
(nada podía el odio)
la consecuyente noche
ella, nos indultaba.

Encendía una luz,
avivaba las ganas de vivir,
como si una muchacha
entrara de improviso con un ramo
en aquella chavola.

El puño de la ira,
los enfilados mauser
erraban su destino por obra de su mano
puesta en el corazón de cada uno.

Te devorábamos,
manzana de esperanza,
tan dulce tú, tan sólida,
tendida a nuestro lado.



*Y entonces cuando el viento, ¿lo recuerdas?,
por Pinos Puente abajo,
clamaba en el espliego,
decías, tú, soldado, que era el mar
voceando en las calles de tu pueblo.*

¡Se te iban las manos y la boca!

*Y acordando el violín nos recitabas
un litoral dichoso:
Sitges, Torredambarra,
avellanos de Reus...*

Ardía la memoria.

Abrasaban los labios en ausencia.

*Mientras el instrumento
—ojiva de la música,
ventana de la música—,
a un total plenilunio
de armonía avanzaba.*

*Y de pronto la música
besándose a sí misma en su preludio,
flecha de oro sus pájaros quemando.*

¿Dónde la muerte?

Ya no era ni su sombra.

Algo extraño volaba.

Daba doradas vueltas.

*No hería, no rozaba;
daba vueltas más suaves,
más lentas que la muerte.*



*¿Sabías, tú, soldado, lo sabías
cómo la carne abría sus sentidos,
se condolía a tanta donación
a amor tan súbito?*

*Y a lo largo del frente fratricida
cesaba aquel martirio
de entrecortadas ráfagas.*

Era de miel el aire.

Todos te recordamos.

*Te agradecemos todos,
soldado del violín,
el divino silencio que creabas.*

*¿Qué ramos, qué corona
te hubiéramos negado?*

Hería hablar, pisar.

*Sólo la música,
errante entre los bandos,
a una y otra trinchera se acogía
trayéndonos la Paz;
allí rumoreando
la Piadosa.*

